

¿Cómo se siente una persona a la que la realidad le cambia por completo de una semana a otra?, ¿cómo hace una madre para que sus hijos no salgan afectados ante un abrupto cambio en su rutina, la suspensión constante de clases y la casi total renuncia a sus actividades regulares?, ¿cómo hace un padre para seguir consiguiendo medicinas y comidas en un contexto adverso, con dificultades en el desplazamiento y precios inaccesibles?

Supongo que al igual que sucede en cualquier país en guerra... seguimos viviendo, trabajando, estudiando y levantándonos de la cama un día tras otros, pues nos aferramos a la vida, a la familia y a nuestros afectos. Nos centramos en lo más fundamental para cada uno de nosotros, damos importancia a los valores, a las relaciones interpersonales, a la salud y a la paz mental. Asumimos que hay circunstancias que no podemos manejar, aprendemos a ser más tolerantes con nosotros mismos y con los demás. Nos damos más permisos y más licencias.

Nos hacemos más desapegados a las cosas y al bienestar económico, y nos refugiamos en la fe, en nuestras creencias, fortalecemos nuestra existencia espiritual, y colocamos a nuestra familia como el centro de nuestra vida. Sobrevivimos porque nos toca, porque se lo debemos a nuestros hijos y a nosotros mismos. Nos damos ánimo para soportar las noches oscuras, las que ocurren afuera y las que ocurren dentro de nosotros.

Sabemos que después de cada tormenta viene la calma, que cuando está más oscuro, amanece. Todos estamos esperando esa calma, ese amanecer, ese nuevo día... para volver a iniciar nuestras vidas, que justo en este momento, parecen estar en pausa. Y mientras llega ese futuro que tanto anhelamos, nos bebemos la vida que nos toca vivir, un día a la vez.

Escribir sobre lo que sucede actualmente en Venezuela es especialmente complicado, pues la mayor parte del tiempo, los venezolanos no sabemos que está ocurriendo realmente.

Aquí no hay televisoras nacionales libres, por lo tanto, aunque haya una marcha de 500 mil personas que está siendo atacada por las fuerzas de seguridad del Estado, al prender la televisión lo que podrás ver son comics para niños, películas americanas de hace 10 años o un programa sobre las bondades turísticas de Cuba; es decir, cualquier cosa, menos lo que está pasando.

Si tienes televisión por cable tampoco verás nada, el gobierno se ha encargado de eliminar sistemáticamente cualquier canal internacional que transmitía, aunque sea solo una imagen de la rebelión ciudadana que ocurre en Venezuela, es decir, ya no vemos CNN en español, ni canales informativos de Colombia, Chile y España, que son los que más se han dedicado a cubrir lo ocurrido en Venezuela. Así que olviden las pantallas de los televisores como fuente de información.

Olviden también los periódicos, los que no fueron eliminados, fueron comprados por chavistas (adeptos al régimen), y los pocos que quedan libres son amenazados con dejar de recibir papel para imprimir, si se salen de la línea editorial impuesta por el gobierno.

La radio es otra fuente de información, pero no puedes encontrar en ella casi ninguna información, menos en las pocas emisoras que hay antagonistas al Estado. Lo que más puedes escuchar es opinión, y créanme, en un sistema dictatorial como éste, en el que ponen preso a una persona por escribir en Twitter, son pocos lo que se atreven a opinar en público sobre lo que nos sucede como sociedad. Lo que vas a escuchar tiene tantas dosis de autocensura, que sientes pena por el pobre periodista que se atreve apenas a asomar algunas de las ideas que se le pasan por la cabeza. Es de suponer que los pocos periodistas que tenemos en la radio, que se atreven a hablar con niveles un poco más altos de sinceridad y honestidad, están siendo amenazados de manera constante con recibir atentados contra ellos mismos, sus familias y sus bienes. Los pocos que lo hacen son considerados verdaderos héroes por nuestra sociedad, son queridos y muy respetados, quizás por ello, no están presos, al menos por ahora.

Internet, lleno de páginas verdaderas y falsas, lleno de noticias, verdaderas y falsas. Un huracán de información que no sabes cómo procesar: Facebook, Twitter, sitios informativos y pare de contar... luego los teléfonos inteligentes con acceso a Periscope, WhatsApp, Telegram y otros programas de comunicación interpersonal, que en primer lugar debes saber filtrar, y en segundo lugar debes saber soportar. El ancho de banda en Venezuela debe ser de los más pobres en todo el mundo. Es imposible ver una transmisión corrida, se cae, se paraliza, se distorsiona, se enlentece, y debes comenzar una y otra vez hasta lograr verla en su totalidad. Es decir, una transmisión de 15 minutos, puede tomar una hora de tu tiempo si quieres verla de principio a fin... y luego debes ser muy sagaz para entender si lo que viste es cierto o falso, si puedes creer en ello o debes dudar.

Dicen que aquí hay una unidad creadora de información falsa pero veraz, a la que llaman G2 cubano, especialmente dedicada a redactar, editar y enviar noticias confusas, con verdades a medias, totalmente erradas o, a veces, ciertas pero manipuladas... que luego transmiten por muchos medios, pues siempre hay alguien que las creará o

retransmitirá. Con ello desinforman, deslegitiman a periodistas serios y a medios de comunicación creíbles; confunden, desagrupan y tornan mucho más complicada la transmisión y recepción de información. Nuestro público es suspicaz y busca confirmar por distintas fuentes cada noticia que recibe, no vaya a ser que caiga en la trampa del G2 cubano y termine participando sin querer en esta guerra mediática.

Así como no hay forma legal o regular de acceder a la información, tampoco la hay para conseguir medicinas. En nuestras farmacias son pocas las medicinas que puedes conseguir, en cambio, puedes encontrar juguetes para bebés, artículos de oficina, papelería, galletería, maquillaje, cremas y productos de belleza a precios prohibitivos, así como un sinfín de artículos que no necesitas o no puedes pagar... Es decir, de todo menos la medicina que fuiste a comprar.

Una larga y muy necesaria lista de medicamentos que incluye pastillas anticonceptivas, reguladores de la tensión, medicamentos para diabéticos, insulina e inyectadoras de insulina, medicamentos para el asma o la epilepsia, anticoagulantes, medicina especializada para el dolor, relajantes musculares, pastillas para dolores menstruales, antidiarreicos y la mayor parte de los antibióticos. Nada de eso lo podrás conseguir fácilmente en las farmacias, conozco gente desesperada que ha recorrido más de 20 para poder encontrar pocas veces aquello que salió a buscar. Algunas de ellas pueden ser encontradas en el mercado negro, eso sí con el precio multiplicado por diez, si tienes suerte, y con grandes dudas sobre su correcto resguardo y manipulación, y por lo tanto, de su efectividad.

A este terrible contexto, se le suma el difícil acceso a la comida y sus altos precios, que tiene a la mitad de la población comiendo la mitad o un tercio de las calorías que solía consumir y a la otra mitad comprando alimentos con el 100 por ciento de su salario y luego de hacer colas que pueden demorar hasta 8 horas (es decir un día completo de trabajo)... En Venezuela hay poca gente con sobrepeso (la mayoría en el gobierno), y no ha sido por cuestiones de salud o estética, es porque no hay comida, tan cruel y simple como suena.

Los padres se quitan la comida de la boca para poder alimentar a sus hijos. Muchos, pero muchísimos venezolanos abren bolsas de basura en calles residenciales y comerciales para poder comer de las sobras de otros. Muchos van mendigando en establecimientos de comida para recibir lo que no fue utilizado. Ya no hay dignidad ni orgullo que permanezca en pie ante el hambre. Padres van de bolsa en bolsa buscando algo que poder darles a sus hijos que esté medianamente aceptable y que pueda alimentarlos al menor un día más... igual así hay cientos de personas de todas las edades que muere semanalmente por hambre. Y les aseguro que no es ninguna exageración.

Sin entrar en mayores detalles sobre los números de la inflación que vivimos en Venezuela, puedo darles un dato que les ayude a entender lo poco que vale el dinero y los mínimos niveles de salario que recibimos los que trabajamos. Un profesional con especialización universitaria no alcanza a ganar lo suficiente para pagar un colegio

privado para dos de sus hijos en Caracas. No puedo imaginar lo que pasa con los que tienen tres o más hijos y quieren ofrecerles una educación de calidad. Es decir, con lo que se gana en Venezuela como profesional no puedes pagar por educación, comida, salud, seguros ni mantenimiento del hogar. Los que los tienen, debes usar y abusar de sus ahorros, hasta que se los gasten y ya no tengan como mantener a sus familias. De allí, el éxodo masivo de venezolanos que se han ido del país buscando afuera lo que no encontraron adentro, es decir, dinero para poder mantener a su familia. Dinero para poder alimentar a sus hijos y a sus parejas. La comunidad judía de Venezuela que llegó a contar con 25 mil integrantes en los años 90s, hoy no alcanza los 5 mil. Los judíos se han reubicado entre Estados Unidos, Israel, España, México, Panamá, Costa Rica y otros países de América Latina.

Los pocos judíos que quedamos en Venezuela vivimos arreglándonos para sobrevivir como podemos; haciendo cualquier tipo de esfuerzo para poder brindar a nuestros hijos una infancia más o menos estable, más o menos normal; buscando como podemos los recursos para mantenernos o quemando nuestros ahorros; comprando medicinas y comida en el mercado negro o importándolos a precios que nuestras entradas en bolívares no pueden financiar; encerrados en nuestras casas a causa de la inseguridad, asustados, estresados y angustiados la mayor parte del día. Todos tenemos a nuestras familias divididas, con nietos que crecen alejados de sus abuelos, con primos hermanos que no se conocen y con padres que no han visto a sus hijos en muchos años...

No obstante, vemos en la rebelión popular que sucede actualmente, nuestra última esperanza para poder quedarnos en este país que tanto queremos y tanto nos duele. Sentimos como propios a los valientes jóvenes que están siendo atacados ferozmente por protestar, ya van más de 40 asesinados y cientos de heridos; participamos en las marchas que nunca llegan al destino originalmente planteado, masticamos el gas lacrimógeno que arrojan con saña a grupos humanos sin más armas que gritos y banderas, tocamos cacerolas metálicas desde nuestras casas en señal de protesta, paramos nuestros trabajos, nuestros colegios y nuestra normalidad cada vez que así lo piden los líderes democráticos de la oposición. Recogemos insumos para ayudar a nuestros jóvenes, tenemos organizaciones comprometidas con la responsabilidad social, y transmitimos a todos nuestros contactos cualquier clase de información que ayude a clarificar la realidad de nuestro país puertas afuera.

Nosotros, los ciudadanos de Venezuela, pasamos horas navegando en la web para encontrar noticias que alimenten nuestra esperanza de que ya falta poco para que este infierno se acabe, buscando información que nos haga creer que esta vez si podremos salir de la dictadura, que esta vez sí va a llegar el fin de nuestro suplicio... Pero, probablemente cualquier ciudadano libre del mundo civilizado con acceso a una internet libre, a medios de información libres, a opinadores sin mordaza y a periodistas sin autocensura... tenga más acceso a saber lo que está pasando en Venezuela que cualquiera de los que aquí vivimos. La verdad, es que no sabemos lo que está pasando y mucho menos podemos entenderlo. Si quieren darle un nombre a lo que sucede en Venezuela, no lo llamen guerra civil, en realidad esto es una guerra del Estado contra lo civil, y punto. Y en una guerra nunca se sabe qué lado está ganando hasta que la guerra

se acaba, y la historia es contada por quien la gana.

Debido al miedo que impera en este ex país, firmo este artículo con mi nombre hebreo y nada más que mi nombre hebreo.

Rajel bat Java.